

## Pegar a los niños

Hasta hace muy poco, padres y maestros se hallaban unidos por los entrañables lazos de la azotaina... al niño. Pegaban los maestros, pegaban los padres. Y todos tan contentos, excepto los niños. Había un mutuo entendimiento en esa azotaina a punto y bien administrada. Si el niño llegaba a casa diciendo que el maestro le había dado una torta, el padre, rauda y veloz como el milano, se aprestaba a declarar: «Algo habrás hecho». Era una época feliz, en que padres y maestros participaban del mismo envilecimiento mental.

Corren ahora malos tiempos para el azote. Aquel idílico entendimiento entre padres y maestros, unidos en la misma tarea de decrepitud moral, ha entrado en crisis. Es cierto que existen padres que siguen manteniendo una indomable solidaridad con el maestro a quien recuerdan, sólo de vez en cuando, que con sus hijos no se anden con remiglos o tiquismiquis. Pero la generalidad de los padres, a los que ni la misma Unicef ha logrado exonerarles de su fidelidad y tradición del palo, miran con recelo a los maestros que se apoyan en los nudillos de su mano para explicar ecuaciones de segundo grado. Ciencia y palo parecen dos términos completamente incompatibles. El maestro que se apoya en el tortazo para hacer valer sus conocimientos es considerado como un mal profesor. No así, quien usa y abusa del chantaje de las notas con el que amenaza constantemente al niño. Este tipo de «hostión psicológico», no solamente está bien visto, sino que sin él todo el andamiaje de la autoridad escolar se vendría abajo.

Entre las muchas noticias que he leído a este respecto, la última hablaba de que dos niños fueron expulsados de la escuela porque su madre le arrojó una coza a la directora del establecimiento dejándola tendida en el suelo. El motivo: la maestra había empujado días antes a uno de los hijos.

De esa pérdida de confianza en la tarea del maestro, abandonado a su ciencia para cautivar a los niños, sin la segura y convincente compañía de una vara de fresno, han surgido y surgirán estupendos conflictos que, en el principio, en el medio y en el final, siempre lo ha de pagar el más idiota, el más tonto y el

que, en definitiva, siempre tiene la culpa: el histérico niño, que no da la talla mental, insulsa a la maestra, le escupe al conserje y se caga en los pasillos. A este niño, le caen encima toda una serie de improperios, incluso hostias que deberían recibir directamente en los morros quienes los parieron, o quienes tratan de conducirlos al sancta sanctorum de la sabiduría pedabóbica.

Los padres más conscientes, más reflexivos y más sensibles a la modernidad desquiciadora de los tiempos, observan cómo todavía quedan maestros que no se han enterado aún de que hay parcelas que son del ámbito exclusivo de los progenitores. De ahí su alarma al ver cómo ciertos maestros pretenden usurparles esa cota que aún les queda de poder represivo y que hasta la fecha compartía con sus educadores.

Cuando el padre siente que se le está vaciando de contenido su poder de castigar a su hijo por el maestro, no duda un instante en aparecer en escena portando el elemento corrector con el que democráticamente se siente respaldado: el vandalismo. Y así, entra como un tifón en la escuela o en el instituto, desobedece al portero, abre la puerta del aula donde se encuentra el profesor que se la tiene jugada a su hijo, pregunta una indiscreción absurda, «¿es usted la maestra de mi hijo?», y, entonces, antes de que el pedagogo responda, va el padre o la madre y le suelta una leche democrática que perdurará en la mente del resto de los alumnos como el acontecimiento más memorable de toda su EGB. Todavía la maestra en el suelo, el padre o la madre le gritará llena de dignidad despreciable: «La única que puede pegar a mi hijo soy yo».

Se podrá o no estar de acuerdo con este sencillo sistema de ventilar los propios conflictos interiores de esta madre, nada piagetiana en su comportamiento, pero, se haría un flaco favor al dignísimo, como improductivo, oficio de maestro. Nunca una madre en el mundo hizo mejor panegrífico de tal menester y trató de establecer los límites precisos en que ambos, padres y maestros, deben moverse. El reino de las hostias pertenece tan sólo a los padres. Se acabó aquella camaradería ancestral. Es evidente, por eso lo obvio, que la madre lo que realmente le está di-

ciendo al maestro es: «Vd., sr. maestro, no se me manche las manos con mis hijos. Usted, jefe, intente comprenderlos y amarlos mucho que es la única manera de que aprendan esas cosas de egebé. Usted ha estudiado y no puede caerse con todo el equipo dando leches. Las hostias dejénnoslas a los padres, que de eso sabemos mucho. Es el único sistema que conocemos para que hagan lo que nosotros queremos que hagan. Pero, ustedes, que han estudiado filosofía y eso, no. Razóneles, demuéstrelés, analiceles, infórmeles, de que lo que hacen no está bien para ellos ni para su día de mañana. Pero, eso sí, las hostias dejénnas para nosotros».

Es verdad que pocos maestros se habrán librado de soltar algún pescozón al alumno inatento, maleducado, resopzón o tontitieso. No entro a juzgar semejantes muestras de afecto constructivo. A veces son corolario de una experiencia muy bien aprendida: «un tortazo a tiempo, ahorra mil razonamientos». Entiendo que los maestros no tienen por qué amar y querer a los niños. Todos los maestros que he conocido y que se enorgullecen de su amor desorbitado por los niños eran unos neuróticos perdidos. Ser un buen profesional de la tiza no significa que uno tenga necesariamente que ser como la madre Teresa de Calcuta. El odio por los niños nada tiene que ver con el trabajo de desarrollarles la mente. Más aún: para la tarea de ziriquear la mente del niño, me fio más de un Oscar Wilde que de un Padre Manjón.

No comprendo muy bien por qué los maestros no pueden dar de leches a niños que piden, ya con el gesto, ya con la palabra, una oblea en cada mejilla y por qué los padres consideran justo el dar de hostias a sus hijos por su bien y que si se les dan los maestros, además de hacerles daño, sea por su mal. Los dos tipos de obleas intentan alcanzar el mismo fin: corregir la conducta del niño díscolo. Y también su éxito final es el mismo: nada. Absolutamente nada. Sólo el odio pintado en el rostro del niño y la parpadeante derrota del adulto aleteando en el aire... Pero, se queda uno tan a gusto... ¿se queda uno tan a gusto, de verdad?

Si no se está porque el niño se desarrolle en un marasmo de contradicciones, familiares

y escolares, habría que tomar desde luego una salida menos hipócrita: o se santifica la hostia escolar y familiar, o se cultiva el chantaje afectivo-económico de casa o el académico de la escuela. Pero las dos cosas, y por separado, mucho me temo que sea demasiado tute para el desarrollo del pensamiento formal del niño.

Como me temo que el cultivo urbi et orbi de la hostia ha de gozar aún de excelentes cosechas bueno será que el maestro de escuela desnaturalizado no pierda el tiempo en acariar de forma desdeñosa los cuerpos de sus alumnos. Hace muchísimos años Alfred Jarry ideó el denominado «aparato pedagógico llamado castigador ortomático», conocido popularmente como «máquina para zurrar y dar buena educación». Cuenta Jarry que la eficacia del aparato fue avalada tanto por padres como por profesores. Uno de estos afirmó que «el instrumento procura la misma satisfacción que una zurra y sin la menor fatiga (para el maestro)». Idéntico nivel de satisfacción se hallaba en los padres. Uno de ellos declaró: «Me siento ahora muy contento por el progreso de Tom y lo atribuyo por completo a vuestro castigador. Os ruego sentar a Tom en él todos los sábados por la mañana e incluso, si os parece útil, más frecuentemente». Huelga decir que el aparato se componía de una silla que aprisionaba al reo apenas se sentaba; un sistema de correderas y paneles y un mecanismo de gran precisión regulaba el número y la intensidad de los golpes administrados por una vara de gran flexibilidad. Al mismo tiempo un fonógrafo Edison le recitaba máximas morales, reproches, exhortaciones, etc. en un tono suficientemente agudo como para cubrir los gritos del niño.

Convencido estoy de que si las escuelas actuales manejan estos aparatos, que como queda dicho no disminuyen la carga erótica de una buena zurra, no pasarían estas cosas tan desagradables entre padres y profesores. Al fin y al cabo, una zurra la aguanta hasta un niño de cinco años. Y si además se la acompaña con un disco de Mecano, el resultado puede ser orgasmático. Didáctico, entienda-seme.

Enseñante

## hemeroteca

### A Hans Müller, sobre el Estado

(José Antonio Millán, «El Independiente», 21-7-90)

Querido amigo de la (ex)RDA: Ahora que os habéis sacudido el dogal del Estado Totalitario, te interesas por la relación que mantenemos con el Estado Liberal.

Te contestaré con un enigma aparente: entre nosotros el Estado está sin estar y no está estando.

A diferencia de la sombra intrusiva que os tutelaba, el principio guía de nuestro Estado es transparente: no interferir en nada. La economía de Libre Mercado se basa precisamente en la libre concurrencia de ofertas y demandas, de donde surge el precio. Aunque, claro, si suben en exceso productos necesarios, nuestro Estado hará importaciones masivas; si el mercado de trabajo arroja a la calle a millares de trabajadores, les dará unas

monedas. ¿Por qué obra así, en vez de dejar que se desarrollen libremente los mecanismos de autoajuste que propugna? Ya verás más adelante...

(...)

En nuestras ansias de ayudar al Estado llegamos, no te lo ocultaré, al sacrificio. En vez de molestar pidiendo transportes públicos, nos compramos vehículos privados (¡ah! pero El nos hace carreteras).

En vez de demandar mejores escuelas y asistencia sanitaria, le ayudamos enviando a nuestros hijos a centros privados, y cogiendo seguros médicos complementarios. (...)

Has oído decir hasta la saciedad que el Mundo Libre es el paraíso de la libertad individual, y en ese reduito último ni El puede penetrar. ¿Cierto? Sí, pero dentro de un orden. ¿Acaso «todo» lo que puede suceder entre dos adultos libres en la intimidad del lecho debería estar permitido? Es evidente que no (perversión, etcétera...)

(...)

## zelatan

### Harira

Mitterrand-ek ere taktika bera eramaten du kinkaldi zailetan. Alegia, «cambio de tercios», arreta desbideratu. Eta Arzalluzek, politikari gaitza eta ezin argi goa omen dezan, gauza bera.

Orain, adibidez, PSOE-rekin daukan *ekontza iraunkorra* ahantz ezazteko, eta «Albaniar matrikula» ahintu dagoela ikusirik, beste lelo bat plazaratu nahi du: HB barruan omen ditugu zatiketak, etsaigoak eta banaketak. Dena on hori lortzeko, gezurra aurretik (beti bezala).

Baina gure herriak gaur badaki, esate baterako:

- PNVtik Garaikoetxea botatzea, eta ondorioz EA sortzea, ez dela inongo desberdintasun ideologiko edo estrategikoen ondorio; Arzalluzek agindu-nahi amorratuaren ondorio baizik. EAko jenda PNVkoa da errotik; baina

Arzalluzek, logika guztien kontra, atea itxi die.

- Hezkuntza Saila (eta euskararen estorkizuna, beraz) PSOE-ren eskuetan utzi dute Arzalluzek eta honen aldekoek. Recalde, Huertas, eta gainerako anti-euskaldun latsagalduak, *jaun-eta-jabe* ibiltzen dira.

- Osakidetza Saila, bide beretik, PSOEri erregalatuta, goitik behera dago erdaldunduta, espainiartuta eta *arroztuta*; sortu berria den O.E.E. taldeak grafikoki erakusten duenez.

- Ertzantza, gaur eta berdin legetasuna aldatuko ez deno, *militar profesional espainolen* mende dago; eta errotik dago euskal politzia bihurtetik urrun, eta egongo.

-Autodeterminazio-prozoesa (horren goraki Lituaniari buruz goraiatua) *geldi-erazia dago*; eta

geldiketa hori lotsarik gabe aitortzen eta txalotzen dute Arzalluzen morroinek.

- Muguruzaren *hiketak* eta Esnaolaren *zauriketak*, ekintza antedemokratiko hutsa izanik ere, ez ditu PNVtarrak sobera asaldatu; gainerako ekintza askok erroetaraino astintzen baditu ere.

- «Egunaria», *euskararen aldeko herri-mugimendua* oro gaitzeskeko aitzakia aurkitzen du beti Arzalluzek, espainiar amorratu guztien txaloketa jasoz. Bide beretik, UEU ez zaio gustatzen. Baina *espainiarren udaleku dirusu* bihurtu diren «Cursos de Verano» delakoak, ez zaizkio problema.

Jakina: B-n gertatzen ari den lapurretaz ealtzeko, A-n sua piztu... Lapurrek betidanik ezagutzen duten jukutria!